



Escuelas de la Palabra

Según documento de Aparecida:

248. Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad”.

Esta propuesta será mediación de encuentro con el Señor si se presenta la Palabra revelada, contenida en la Escritura, como fuente de evangelización. Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. Por esto, la importancia de una “pastoral bíblica”, entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige, por parte de obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra, un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón “hambriento de oír la Palabra del Señor” (Am 8, 11).

1

El contacto con la Palabra de Dios, no solo se da en la Liturgia, que es fuente y cumbre de la Evangelización, sino que se da en todos los espacios y pastorales específicas de la Iglesia.

La palabra **Escuela** es muy citado en el documento conclusivo de Aparecida, y se debe al contexto del sínodo latinoamericano, en donde el título y tema fundamental fue: discípulos y misioneros. En Aparecida se puso énfasis en Jesús como maestro y en nuestra doble dimensión como discípulos (escuela) y misioneros (evangelización)

Es por eso que se habla de Escuelas de la Palabra, pero el católico debe tener un encuentro y convivencia con Jesús Maestro, para después anunciarlo.

Por lo tanto, la escuela de la Palabra no es un espacio físico concreto, no está dirigida sólo a los pequeños que no saben algo, ni tiene calificaciones. En la escuela institucional, las aulas tienen cuatro paredes y ocupan un lugar preciso; en la escuela de la Palabra hay espacios físicos de reunión, pero la escuela abarca toda la vida del discípulo, trasciende los límites de la parroquia, de la comunidad eclesial de base o del grupo de estudio bíblico; el discípulo misionero aprende de la Palabra en la Misa dominical y en su cuarto, en el medio de una plaza y en la casa del vecino. En la escuela institucional, tras haber aprobado



cada curso, no es posible realizarlo nuevamente; en la escuela de la Palabra no hay puertas cerradas, sino que todos pueden hacerlo todo, una y otra vez, a cualquier edad, sin importar repetir, sin molestarse por leer el mismo pasaje cien veces; no hay límites ni vergüenzas en esta escuela, porque la Palabra es tan infinita y sabia, que nadie es lo suficientemente inteligente como para considerarla superada. En la escuela institucional, se evalúa y se determinan calificaciones de rendimiento; en la escuela de la Palabra, el examen lo toma la vida cotidiana, donde los valores evangélicos se encuentran con el acontecer diario y desafían al discípulo que debe congeniar fe y existencia, Reino de Dios y mundo.

Pero también como la escuela institucional, la escuela de la Palabra es una invitación a aprender, es un ámbito de compañerismo, es un espacio dentro de la comunidad, es el sitio donde se enriquece la mente y el corazón. Por esto es preciso *hacer* la escuela de la Palabra y *dejarse hacer* por ella. A estos fines vienen las tres propuestas de Aparecida, a manera de sistematización, pero no rígidamente, sino para que nuestras Iglesias vivan las tres escuelas como proceso continuo, imbricado y coherente.

a) Escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra

En la escuela de interpretación, la prioridad está puesta en la inteligencia. Se trata de intentar entender la Palabra y asimilarla, conocerla para saber qué dice, qué quiso decir el autor humano, qué quiere decir Dios y por qué Dios nos dice esto. Es una tarea que se hace comunitariamente y que se enriquece en comunidad, porque el mar de la Palabra se vuelve menos insondable en compañía.

Esta escuela exige discípulos misioneros preparados y formados para guiar esta búsqueda y aclarar los descubrimientos. Tomar en serio la animación bíblica de la pastoral es comprender la importancia de facilitar interpretaciones adecuadas de los textos. Los animadores bíblicos no sólo deben ser suscitar responsabilidad frente a la Palabra en otros, sino que ellos mismos están llamados a entender su ministerio como un *hacer santo*, pues en sus manos está el acercamiento próximo entre el hombre y Dios, que se da en las letras sagradas. Los animadores bíblicos son verdaderos contemplativos de la Escritura, e inculcarán de este modo el mismo respeto hacia la Palabra en los demás.

Es recomendable para una adecuada interpretación del texto bíblico, tener presente lo siguiente:

- Contexto cultural y religioso de lo narrado
- El contexto y situación del autor y de comunidad destinaria
- Estudio de las palabras, en especial de los verbos que más se repiten.

b) Escuela de comunión con Jesús u oración con la Palabra

Aquí prima el aspecto espiritual, el corazón del discípulo misionero. La escuela de oración con la Palabra es el acercamiento místico a la Biblia, es esa contemplación del misterio en diálogo con Dios. Las Escrituras dejan de ser letras escritas hace muchos años para convertirse en voz del Dios vivo, operante en mi vida cotidiana, actuando ahora,



amándome hoy. La oración con la Palabra no es buscar obsesivamente un código oculto que revele el futuro de mi existencia, sino que es comunión con Jesús, es ponerse en la sintonía del Reino para que mi vida y la vida de Dios suenen al unísono, acompasadas. Los animadores bíblicos son llamados a propiciar la comunión con Dios y la comunión con los hombres. La Palabra no inspira en ellos divisiones. El animador bíblico debe sintonizar con el Reino a través de las Escrituras para que los demás sintonicen también, no funcionando él como director de orquesta que ordena todo, sino apoyando a los hombres y mujeres desde su experiencia de sintonía.

La pregunta que debemos hacernos en esta escuela es, ¿cuál es el mensaje que el texto me dice a mí y a mi comunidad? Y a partir de ahí, tener una experiencia de oración

c) Escuela de evangelización inculturada o proclamación de la Palabra

El discípulo es misionero o no es discípulo de Cristo. Si la Palabra queda en él, ha privatizado el Evangelio, y contrariamente, la Buena Noticia es para todos, no tiene cupos, no tiene limitaciones. El aspecto destacado aquí es el misionero. La escuela de proclamación de la Palabra desafía a los hombres y mujeres convertidos a penetrar el mundo con una única arma: la Biblia; es el mensaje de Dios en manos de la Iglesia. No se pierde en esta escuela el sentido de contemplación del misterio, porque jamás puede dejar de sorprender gratamente el amor del Señor, que ha confiado su Palabra a hombres pecadores.

Los animadores bíblicos son también animadores misioneros. No se da la Palabra para que se estanque, sino que se la ofrece como medio multiplicador de la gracia. El animador que proclama será testigo fiel de la exigencia de la Escritura, de las exigencias del Reino. Si el animador, en sintonía con Dios, habla el hablar del Señor y ama con el amor del Señor, entonces los demás conocerán el hablar y el amor de Dios y sentirán el deseo imperioso de tener ese lenguaje.

La pregunta que debemos hacernos en esta escuela es:

¿A qué me comprometo el texto bíblico, en cuento al anuncio del Evangelio de Jesús?



Referencias:

- Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal, *Verbum Domini* sobre la palabra de Dios en la vida y en la misión de la iglesia, 2010
- CELAM , 5ª conferencia Episcopal de Latinoamérica y el caribe en Aparecida, Brasil, 2007, n° 249.
- Vaticano II, Constitución Dogmática Dei Verbum, *Sobre la Divina Revelación*, Roma, 1965.
- Pío XII, Carta encíclica *Divino Afflante*, *sobre los estudios bíblicos*, 1943